



LOS GRITOS DE «EL GRITO» DE GABRIELA MISTRAL

The screams of “The Scream” by Gabriela Mistral

Nibaldo Acero¹ 

Felipe González-Vilches² 

RESUMEN

En este ensayo leeremos el poema «El Grito» de Gabriela Mistral, escrito en 1922, para analizarlo en virtud de la complejidad de su propio contexto social, histórico y político. Este ejercicio crítico epocal engarzará una lectura situada (Haraway, 2021), psicobiológica y estética, la cual desea explorar las intenciones, los giros, las expectativas y los temores que poseyó la poeta chilena respecto de América Latina en un momento clave. En una época del todo compleja para Latinoamérica, la incisiva poética y la integridad dura de Mistral adoptan estrategias para la supervivencia de la diversidad de nuestro subcontinente, pero, principalmente, la supervivencia material y espiritual de una región en el vórtice de su desarrollo. Calibra Mistral pasión y razón, templando una palabra un poco compleja de interpretar; por eso articulamos desde distintas perspectivas analíticas una metodología interdisciplinaria que pueda abordar contundentemente los deseos de la poeta, incrustados en este emblemático poema.

Palabras clave: conciencia de clase, América Latina, poesía política, mesianismo social.

ABSTRACT

In this essay we will read Gabriela Mistral's poem “El Grito”, written in 1922, in order to analyze it in virtue and in the complexity of its own social, historical, and political context. This epochal critical exercise will link a situated (Haraway, 2021), psychobiological, and aesthetic reading with the aim of exploring the intentions, the turns, the expectations, and the fears that the Chilean poet possessed regarding Latin America at a key moment. In a very complex time for Latin America, Mistral's incisive poetics and hard integrity adopt strategies for the survival of the diversity of our subcontinent, but above all, the material and spiritual survival of a region in the vortex of its development. She calibrates intellectual passion and reason, tempering a word that is quite complex to interpret; therefore, we

¹ Investigador de la Facultad de Educación de la Universidad de Las Américas. Santiago de Chile, Chile. Doctor en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo: ncaceresc@udla.cl.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3995-8497>

² Académico de Planta Especial de la Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile, Chile. Doctorando en Innovación en Formación del Profesorado, Universidad de Extremadura. Correo: fgonzalezv@ucsh.cl.

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-9182-4218>

DOI: <https://doi.org/10.15517/9vj89f82>

Recepción: 8/12/2024 Aceptación: 10/09/2025



articulate from different analytical perspectives an interdisciplinary methodology that can forcefully address the desires of the poet, embedded in this emblematic poem.

Keywords: class-consciousness, Latin America, political poetry, social messianism.

1. Introducción

Es sabido que el Emperador Augusto contrató en el siglo I a. C. al poeta Publio Virgilio Marón para que escribiera la *Eneida*, canto que debía glorificar la figura imperial y al mismo imperio, atribuyéndoles un origen mítico. A esta faena, el poeta estuvo dedicado durante aproximadamente diez largos años, en los cuales sintetizó los elementos esencialistas de esta nueva cultura que renacía de las más valientes y preciosas cenizas troyanas. La reconstrucción identitaria devino en un mito que consolidó la relación vernácula entre Troya y Roma y logró, por supuesto, relevar las más altas virtudes de un linaje antiquísimo para que los ciudadanos actuaran conforme a aquellos parámetros. Para el Imperio Romano, como para otros imperios, la literatura era un material político; por ende, su instrumentalización no escandalizaba, sino que, por el contrario, se esperaba de ella un poder edificante que transmitiera, potentemente, los modelos que los ciudadanos debían encaminar. En efecto, esta instrumentalización fue una decisión cocinada a fuego lento por un poder absoluto y violento, por lo que las gestas asociadas a estos manuscritos más bien tuvieron un carácter de divulgación o franca propaganda y control (Auerbach, [2002](#)). Son escrituras sagradas en tanto miden y escarmientan a una determinada sociedad. Ahora, si torcemos el lugar de enunciación, ¿qué efectos podría tener un texto escrito en los arrabales, en las profundidades del mundo popular, si contiene aquel mismo deseo de fundar o refundar un territorio, una nación? ¿Qué impacto tendría si dicho afán refundacional o de esperanzas en una patria proviniera de una mujer, pobre y de ascendencia indígena? Y en aquel escenario, ¿cómo se tensaría una visión, digamos, tradicional con una progresista?



Junto con la conocida historia de Virgilio, también es reconocida la fascinante crítica con la que Erich Auerbach ([2002](#)) desentraña las enormes diferencias entre la literatura de occidente y oriente, precisamente, a partir de la cuna desde la que se escribe. Mientras los escritos europeos —representados por la épica de Homero, por el *roman courtois* medieval, entre otras expresiones— no despliegan más vidas «que la señorial, y todo el resto tiene una participación de mera servidumbre» (p. 27), la de oriente —ejemplificada por la del Antiguo Testamento— sería problemática, compleja, y en ella la revolución se narra y escribe desde los estratos más humildes de la sociedad: el «*sermo humilis*», que es un discurso cargado de conciencia histórica y de clase (p. 75). En definitiva, para Auerbach ([2002](#)) occidente apuesta por la separación de clases a través de una «atmósfera mágica» (p. 129), a raíz de una idealización y absolutización rayana en lo infantil. Esta deshistorización de la literatura propició el surgimiento de un vaso comunicante entre las élites y la representación literaria, lo cual no solo fue evidente en Europa, como lo devela Auerbach, pues también lo fue en sus colonias desperdigadas por el orbe.

En *La ciudad letrada* (Rama, [2004](#)) el indígena de las colonias en América habita la periferia, el tercer anillo, por lo que queda desprovisto de la letra, pero sí tiene un puño necesario para la mano de obra de las nacientes metrópolis, un puño permanentemente explotado y temido, castigado de antemano por las potenciales sublevaciones (Amunátegui, [2021](#); García Rincón, [2019](#)). Permanece completamente desarraigado de la civilización... por temas de clase. En la sociedad moderna, esa condición de silencio y periferia suma nuevos adeptos: los mestizos pobres, los afrodescendientes, los migrantes, los indígenas, que provienen de otras zonas para buscar un mejor pasar económico, pero que se encuentran con una segregación explícita que los empuja a realizar trabajos precarizados, como el comercio ambulante, el trabajo por cuenta propia y el



servicio doméstico, y a vivir en la periferia, por el escaso capital que consiguen (Bello y Rangel, [2002](#)). Todos fuera... por temas de una pertenencia a una determinada y precarizada clase racial y, por consecuencia, social (Bárcena y Prado, [2016](#); Valdés, [2016](#)).

En el libro *Lecturas para mujeres* ([1924](#)), creado y publicado durante su estancia en México, Mistral interpela a quien le corre por las venas la misma sangre que a ella, es decir, a la mujer pobre y sustentadora, rural, indígena (p. 35); a raíz de este parentesco, la estructura del libro se articula a partir de una cotidianidad genuina. Pero hay más, tanto en este libro, como en anteriores y posteriores publicaciones, se puede constatar una actitud de Mistral que no tendría que pasar inadvertida: su conciencia de clase. Gabriela Mistral es de las y los pocos escritores/pensadores latinoamericanos quienes, junto con poseer un significativo peso intelectual, fueron capaces de hacer convivir e incluso profitar sus búsquedas estéticas respecto de esta conciencia feroz, cuyo impacto en la poética de la chilena es difícil de discutir.

Finalizamos esta introducción, probablemente, por la parte por la cual debimos comenzar. El objetivo de esta propuesta será explorar cómo en el «El Grito» Gabriela Mistral, de origen indígena, construye un dispositivo estético-político en el que su *grito* es expresión psicobiológica del miedo, la culpa y el deseo, en tanto testimonio de una conciencia de clase que reivindica lo campesino-indígena y como proyecto pedagógico para refundar América Latina frente a la subordinación imperial y las fracturas internas. Alineada a aquello, la hipótesis de trabajo propone que el poema «El Grito» funciona como un artefacto estético-político complejo y profundo en el que convergen mesianismo pedagógico, un grito psicobiológico que —interpretamos— vehicula el trauma colonial y neocolonial, y una conciencia de clase anclada al indio, al campesino. Esta confluencia da forma a un proyecto de refundación latinoamericana que tensiona tanto al cuerpo



biológico y al cuerpo social, lo que torna al poema en un espacio contradictorio en el que cohabitan resistencia, culpa, fascinación, miedo y, por cierto, deseo.

La metodología propuesta es interdisciplinar, puesto que fusiona una lectura historicista (Auerbach, Rama) que ilumina las tensiones entre centro/periferia, élite/pueblo, primer/tercer mundo; una lectura psicobiológica, anclada en estudios empíricos sobre gritos y emociones (Frühholz et al., [2021](#); Engelberg et al., [2021](#); Damasio, [2005](#); Matsumoto et al., [2009](#)); un análisis estética-crítica (Said, [2006](#); Shusterman, [2002](#)) que no ve la belleza como pura forma, la ve como fuerza disruptiva, cargada de ética, indignación y pedagogía emancipadora. La operación clave es relevar que el poema no solo debe barruntarse por lo que dice, sino por cómo «grita», es decir, sus tonalidades, interpelaciones y cambios de voz que dramatizan el dilema latinoamericano entre dignidad y sumisión, entre autonomía y fascinación por una potencia ajena.

2. De aullidos, gritos y gemidos

*Una boca tan sólo
para el beso y el grito
y para la oración y la blasfemia.
Para el suspiro y la mentira,
para el perdón
y la condena.
Josefina Plá*

En una investigación de Frühholz et al. ([2021](#)), investigadores de Psicología Cognitiva y Neurociencia Afectiva de la Universidad de Zúrich, se postulan al menos seis tipos de gritos en los seres humanos. Luego de una serie de experimentos, en los cuales evidenciaron los límites del estudio, los autores determinaron que estas seis categorías son el miedo, la rabia, el dolor, la



tristeza, la alegría y el placer; estos tres últimos, serían genuinamente humanos, en tanto alaridos, puesto que no son de alerta, como sí son los tres primeros, mayormente vinculados al reino animal.

En la misma línea investigativa, pero con bemoles y distancias, Engelberg et al. (2021) sostienen, entre otros asuntos, que, si bien existe una serie de elementos primigenios en la estructura acústica de un grito, hay una rica variedad de gradaciones en los sentimientos expresados, entre otras razones, por los ambientes en los que son producidos. De este modo, sin contexto definido, un grito de felicidad como uno de terror puede ser recibido como semejante.

Los anteriores estudios poseen un sustento en las seis emociones primarias que, entre otros, Matsumoto y Ekman (2009) definen como el miedo, la rabia, la capacidad de asombro, la alegría, la tristeza y el asco. A esta convención teórica también asiste Antonio Damasio, en su *En busca de Spinoza...*, quien hace hincapié en que «[l]as emociones se representan en el teatro del cuerpo. Los sentimientos se representan en el teatro de la mente» (Damasio, 2005, p. 32), por lo que los gritos estarían más asociados a la *vernácula* emoción, que al *privado y más racional* sentimiento.

Estas apuestas descritas y bien sintetizadas empujan a acercarnos al poema «El grito» de Gabriela Mistral más allá de un himno histórico, social y cultural, como un aullido, prefigurando la usanza *beat*, que imanta una serie de emociones, las cuales, como propondremos, estructuran el texto poético. Esta lectura psicobiológica no atenta contra la lectura situada propuesta; la reafirma desde otra perspectiva: el cuerpo entendido como territorio en el que se sitúan y conviven sentimientos en correlato con procesos somáticos. Esto echa luces al historicismo por el que hemos apostado, a los giros que da el poema, el cual leemos desde una estructura interpretativa dividida en tres partes.



a. Grito de independencia

América, América!; Todo por ella; porque nos vendrá de ella desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechua-español, el araucano-español; pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo (Mistral, [1922](#)).

El poema inicia con una vociferación que, atendida desde su contexto de producción, abre capas geopolíticas que se fusionan con otras de carácter religioso, cuyo objetivo pareciera ser el de religar, de re-unir a todo un pueblo. Esto, porque el primer verso brama como un mandamiento, en una potencia de la cual puede devenir el amor o la furia, el maná o una plaga, el mal o el bien. Esta América todopoderosa se articula septentrional, desde un México que opera literalmente como norte que se derrama hacia el sur andino, donde la lengua es también preponderante, donde lengua y tierra refundan un espacio saqueado, vulnerado, pero en el cual se siguen depositando fervientes ilusiones.

No debería pasarse por alto el que este texto haya sido publicado en México en una revista, precisamente, donde el grito toma una fuerza épica e histórica enorme en la reminiscencia del *Grito de Dolores*, proferido por el cura Hidalgo y Costilla, y que culturalmente se considera la primera piedra del proceso de independencia mexicana. El grito aquí, sin dudas, es un llamado a la acción, una incitación a la lucha, pero también esperanza por la emancipación incipiente de la que se tiene conciencia. Entre todas las versiones, tomamos, de manera interesada, el testimonio de fray Diego Bringas, según el cual el grito del cura Hidalgo comenzó así: «¡Viva la América!». Si bien esta es una versión de las que se entregan entre supuestos testigos e historiadores, probablemente haya llegado a los ojos u oídos de Mistral, y pudo haber impactado al menos el



inicio del texto que interpretamos. De esa forma, «El Grito» sería una declaración de re-emancipación, ahora no solo mexicana, sino latinoamericana, desde las bases populares y productivas, de explícita integración bolivariana, de proyecto cultural-económico a nivel continental, tal como un siglo antes lo hacía Andrés Bello, a través de sus «Silvas». Y si bien el poema es publicado en una revista mexicana, Mistral lo crea en Chile, con los ojos puestos en sus maestros chilenos (Pincheira, [1989](#), p. 79), a sabiendas de la invitación que le hacía Vasconcelos para revolucionar la educación en el México profundo.

Recordemos que José Vasconcelos (1882-1959) es secretario de Instrucción Pública en México entre 1921 y 1924, durante el primer gobierno de Obregón. Fue promotor de diferentes iniciativas educacionales y pedagógicas, siempre innovadoras, y a pesar de que «en el caso de Vasconcelos sea posible hablar de reforma sólo analógicamente, la inserción de Gabriela en ese movimiento mexicano es algo indiscutible y bien documentado» (Fuenzalida, [2002](#), p. 11). En su participación en el Ateneo de la Juventud, Vasconcelos manifestó la convicción de que uno de los principales problemas de México y América Latina era la educación, en vistas a la formación de las futuras generaciones. Y en el rectorado de la Universidad Nacional de México (junio de 1920 a octubre de 1921) mantuvo este interés por el ámbito educativo, por lo que promovió desde allí una tarea nacional de alfabetización. Luego, en la Secretaría de Instrucción Pública desarrolló un proyecto de difusión cultural en todo el país, a través de programas de instrucción popular, escuelas rurales, edición de libros y promoción del arte y la cultura.

Se ha documentado que al menos desde hacía un año que Mistral estaba escribiéndose con Vasconcelos, por lo cual, en aquel abril de 1922, fecha en el que se publica «El Grito», la poeta ha hecho de sí el proyecto vasconceliano en el que las y los escritores, intelectuales y pedagogos asumen la conciliación entre «restauracionismo y modernización»: por medio de una fe y de una



praxis civilizatoria (Funes, [2006](#)). Por consiguiente, no debe extrañar si en este poema la primera de las apelaciones se dirige hacia las y los maestros, puesto que son el vínculo entre el bajo pueblo y el conocimiento.

Podríamos, de buenas a primeras, adscribir a una lectura *cómoda*, ahistórica, una lectura con *agua caliente y Wi-Fi asegurados*, y frenar atarantadamente el análisis y cristalizar el supuesto buenismo o apoliticismo de este proyecto de corte *mesiánico* (como se señala frecuentemente). Sin embargo, preferiremos un análisis un poco más incómodo, que lidia con los monstruos de la historia; por ello, nos interesamos en rastrear los bríos e incertidumbres que orbitan las miradas de Vasconcelos y Mistral, ante el descarado y sistemático saqueo de recursos de Estados Unidos a México y a América Latina, durante tan largas décadas.

Recordemos que es la época en que renace el debate profundo acerca de la doctrina Monroe, que un siglo antes había determinado las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Reinterpretada por el presidente Theodore Roosevelt, a través del llamado *Corolario de Roosevelt*, es motivo de discusión y reflexión por parte de los intelectuales latinoamericanos. Cuando Gabriela Mistral publica «El Grito» en México en 1922, el continente latinoamericano vive el *doble filo* de un megaproyecto. Por un lado, modernizador, el cual avanza vertiginosamente entre la alfabetización para la industria, la expansión ferroviaria y una explosión también de la industria. Por otro lado, este avance legitima un nuevo ciclo extractivista bajo la égida (¿o bendición?) estadounidense, consolidado en la doctrina Monroe. Es un tiempo en que las élites se embriagan con Europa, mientras diversos pueblos indígenas y mestizos son arrinconados en un tercer anillo, en palabras de Rama ([2004](#)), sin letra, tierra ni voz. En ese cruce, la poeta lanza su grito desde la hondura de una conciencia de clase campesina-indígena, para incentivar en maestros, industriales, periodistas y artistas a la invención de una América propia, menos narcotizada por la Europa



caduca o la América rubia. Su grito es simultáneamente un acto visceral —un gemido psicobiológico que expone miedo, rabia y placer— y un manifiesto estético-político que se hincha en las venas del continente.

2.1. Vasconcelos y su *grito* en Mistral

En 1922, en histórico discurso de salutación a José Vasconcelos en Buenos Aires, en nombre de los escritores argentinos, denunciaba José Ingenieros lo que efectivamente habían llegado a ser hasta ese momento, esas relaciones «venideras» en Puerto Rico, Cuba, México, Nicaragua, Colombia, Haití, Guayanas. Y exclamaba: «Creemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisas y alabar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latino-Americana (América para los latinoamericanos)» (Ardao, [1986](#), p. 169).

Ante las políticas que empobrecieron incluso más a un pueblo y a una región, el proyecto educativo impulsado por el ministro de educación oaxaqueño se torna utópico y revolucionario, mesiánico y revolucionario, socialcristiano, aunque con una carga poética, donde hasta los clérigos mexicanos son relegados ante la avanzada de intelectuales, de escritores. Por eso el primer y más grueso recado o llamado es a las y los maestros, como decíamos, por ser parte constitutiva de las bases populares. Aquí, la figura del intelectual está amarrada al devenir de un pueblo, el cantar a una tierra, a una gente, se torna en responsabilidad del intelectual, cuyas preocupaciones navegan por la investigación crítica de los valores, la historia y la libertad (Said, [2004](#), p. 35). Por supuesto, Gabriela se echa esa responsabilidad al hombro, la asume como si fuese parte del oficio de poeta y de maestra; no es una responsabilidad fuera de sí, ajena, sino instalada furiosamente en una conciencia de clase de difícil parangón entre los escritores chilenos.



Ella suele despreciar esas clases hegemónicas y de una forma muy digna, las rechaza. Porque finalmente estaba muy orgullosa de ser de donde era, hasta el punto [de] que uno podría asombrarse de su férrea lealtad para con esta clase campesina de la que dice formar parte, esta clase sin tierra, como lo expresa en varios lugares. Y me acuerdo ahora de lo que expresa Bolaño sobre ella cuando dice que era una extraterrestre, que en el fondo lo que hizo toda la vida fue buscar a sus amigos extraterrestres. Creo que él también se sentía asombrado por lo extraña que podía parecer Gabriela en el contexto chileno: una mujer de su capacidad, de su integridad, de su valentía, a la mitad de una cultura muy mediocre, muy chaquetera, muy envidiosa y mezquina; alguien quien nunca se dejó deslumbrar por la que ella le parecía una despreciable búsqueda de exitismo, estatus, arribismo, por parte de cierta parte de la clase media chilena, sobre todo la urbana a la que ella no quiere nada (Geisse, comunicación personal, 15 de diciembre de [2021](#)).

Es la de Mistral una integridad feroz, una que fastidiosamente no deja de echar a la misma olla ética justicia social y una estética que no descansa en aquel recipiente, que cada tanto se desborda en palabras duras y luminosas. Esta concepción del arte nos retrotrae hasta un humanista que decía: «[m]i defensa de la legitimidad estética del arte popular y mi visión de la Ética como arte de vivir aspiran a una reconcepción del arte más expansiva y democrática» (Shusterman, [2002](#)).

Continúa el grito de Mistral:

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su



Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal (Mistral, [1922](#)).

Lo de comparar a Bolívar con Rimbaud nos parece un bellísimo gesto que advierte un párrafo cargado a la letra, en el que lucha social y literatura disfrutan de un concubinato heroico, aunque consciente de su clase social, lo cual definitivamente se nos haría muy complejo naturalizar hoy en día. El cuerpo, la voz del maestro, su *vocación*, metaforizados a través de este «agudo garfio de convencimiento» entraña una convicción de que el trabajo docente es homologable al del estibador de puertos, al del obrero que transporta heno, del jardinero, del forestal; es decir, el maestro es —a mucha honra— un obrero, la mano de obra, por excelencia, de la educación.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia (Mistral, [1922](#)).

Y si bien es cierto habitamos todavía el grito de esperanza, de independencia, ya se atisban los temores que se harán dolientes poco más adelante. Por eso, al inicio hablamos de refundar, aunque cada vez más parece un acto de recuperar, de sanar la herida sideral, ni siquiera de la colonia, sino más bien de la injerencia norteamericana en América Latina.

Pasando al siguiente recado, que el Periodista sea lanzado a la arena del texto inmediatamente después, exhibe una suerte de progresión entre un espacio simbólico, como lo es la escuela, y la sociedad, que es una escuela en ciernes. El maestro es quien enseña y desarrolla la palabra en la cabeza, en las manos, en la boca...; el periodista es quien la difunde, pero además



aquí es investido con la función de generar justicia, labor que Mistral no atribuye directamente al derecho ni a los abogados.

Sigue: «Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia» (Mistral, [1922](#)).

Para ser honestos, por el tono desiderativo de este último fragmento, la adusta apelación de Mistral se asemeja más a un salvavidas de plomo que deja caer sobre el comunicador. El tercer llamado es hacia el artista, quien habita un lugar distinto al del maestro y al del periodista: este es un espacio liminal entre una tarea pedagógica y estética, cuya responsabilidad mayor es la de conmover, a partir de una obra, de producir sensibilidad. En esta parte, pese a que el poema no es lineal, ejecuta una lógica que tiene como denominador común al lenguaje, a la expresión, a la imagen; sin embargo, el cuarto actor escapa de esta simetría y se instala, a nuestro parecer, en otro tipo de grito que escucharemos a continuación.

b. El Grito de alerta

Aquí y en otros textos (Sepúlveda, [2018](#); Nómez, [2018](#)) se ha dicho que el pensamiento que desarrolló Gabriela Mistral posee elementos locales-particulares y universales simultáneamente:

Particular porque produjo un modelo de pensamiento concreto para América, rescatando los valores fundamentales de nuestra cultura y conduciéndolos a una propuesta respetuosa del origen. Y universal, porque englobó todos los ámbitos de la realidad pública y política. Su interés por la tierra abarcó un juicio político y económico; por el indio, una preocupación política y social y por la mujer, una inquietud política y cultural (Figueroa et al., [2000](#), p. 12).



La educación redentora, la sola utopía, no basta para un proyecto como el que está planeando Gabriela. Debe contener, también, una perspectiva que ponga un mínimo acento en una visión un poco más pragmática; de ahí, su interés por la economía, por los modos de producción. Así podemos entender este grito de alerta: no nublarnos con el puro espiritualismo, tan en boga en la época, que previene de un exceso de positivismo. Buscar ese punto medio entre la mirada latinoamericana que reconoce su raigambre indígena y popular, pero con una visión de futuro que pone uno de sus acentos en la necesidad del desarrollo industrial. He aquí el llamado:

Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de sus maquinarias, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas (Mistral, [1922](#)).

En la convocatoria que hace a los industriales, Mistral ciertamente emite otro tipo de grito, una voz de alarma, una más vinculada al instinto de supervivencia. Este gruñe como lo hacen los gritos que emiten los pájaros cuando el águila anda cerca, cuando los pequeños mamíferos avisan a sus semejantes y corren a guarecerse de los depredadores. Es un grito que nos hermana entre humanos y bestias. Este primer giro del poema demuestra la capacidad de razonamiento en medio de la reyerta poética; describe, entre otros atributos, la intrepidez de Mistral, quien, autoeducada en una tierra poblada de proyectos revolucionarios fracasados, no duda en poner el freno de mano a su pasión. Se aprecia su contención cristiana, y de paso, ideológica. Proyectos revolucionarios que —quizás por no contar con un autocontrol básico; o por tener muy a flor de piel una ingenuidad onírica; o por carecer de fondos, de políticas, incluso de sensatez en términos económicos; o, más bien, por tener un enemigo externo y poderoso— dejan encendidas las alarmas, lo cual evidencia



las emociones primigenias que surgen, como el miedo y la tristeza, como se corrobora en el párrafo siguiente.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia (Mistral, [1922](#)).

Es así que asoma su espíritu cristiano al instalar la culpa dentro de un discurso cuasi epifánico, pero también el fatalismo que asocia a lo indígena, con lo que hace una cáustica y nueva desgarradura, un *self injure* como para sacar un veneno de la epidermis. Es la poeta un personaje que camina a pie firme en medio de una tierra sísmica y en plena tormenta; por eso, cruzan por ella elementos incluso contrarios, que encuentran un sentido histórico. Leer estos fragmentos desde una lectura situada, filológica, detenida, nos permite superar al crítico que, en pleno siglo XXI, no solo cuenta con internet, sino con una mullida perspectiva que puede terminar colisionando con la intención y pasión de una palabra. Esta suerte de autodesgarro que visualiza incluso «vicios raciales» opera más que un autoflagelo.

A partir de Darío y sobre todo de Martí, [Mistral] tuvo una relación ambivalente con ese incipiente imperio. En ese entonces y también después, tuvo todo el rato una mezcla de tremendo rechazo y cierta admiración. En cierta forma, de la misma manera en que contraponía su «raza» a la de los colonialistas, su clase a la de los oligarcas, contrapone Latinoamérica a Norteamérica. Por lo tanto, no se ciega hacia lo que considera los elementos admirables de todos esos sectores, pero sobre todo busca



configurar una identidad genuina a partir de lo que considera suyo. Y no desea ser intervenida. No desea convertirse en una copia, se resiste a sus influencias hegemónicas, toma de ellas lo que cree le puede servir, pero busca siempre no dejar de ser lo que ella cree que es su esencia, y la defiende y la engalana y busca moldearla a partir de lo que ella considera son sus elementos propios, sin avergonzarse jamás de ellos, enaltecéndolos más bien. Esa búsqueda interminable que realizó y que nos admira tanto, la búsqueda de esa que ella –dicen– era la palabra que más le gustaba del español: Dignidad (Geisse, comunicación personal, 15 de diciembre de [2021](#)).

Creemos que existe un *hacerse cargo*, un no sacar el cuerpo del choque existencial; en fin, la poeta no responsabiliza a un *otro* por las tragedias, las desgracias, que nos han acaecido sistemáticamente como pueblo. Si bien hay un otro, este adversario no nos ofrece todos los argumentos para responsabilizarlo por completo, porque hartos de esta tragedia la hemos firmado con una actitud cansina, mientras el mundo avanza a pasos acelerados. Apostamos porque este giro además será vital para destrabar el puzzle de la identidad latinoamericana: es el llamado, también, a recoger los huesos y rearmar el esqueleto, «reunir esos pedazos, unir lo que fue separado, reconciliarnos con nosotros mismos», como Paz ([1990](#)) lo metaforizara posteriormente en su texto *Pequeñas crónicas de grandes días*.



c. Grito de placer

*También hay que incluir la embriaguez que hay de todo
gran deseo, de toda pasión intensa; la embriaguez de la
fiesta, de la competición, del acto de valentía; de la
victoria de todo movimiento extremado; la embriaguez
de la crueldad; la embriaguez de la destrucción...*

Nietzsche

En este último giro que realiza el poema, lo que intensamente se reconoce es un grito, ya no exactamente de alegría ni de alerta propiamente; tampoco es un grito diáfano de distinguir en su articulación, porque fusiona elementos carmíneos de distinto orden: mientras en el primer párrafo la poeta vuelve a apostar por el desgarramiento propio y sin medida («nos despedazamos»); en el segundo, aquella carne —destazada— es apreciada desde la esperanza y la belleza, que es forma, armonía y vibración colectiva que estremece un cuerpo social, recordándole que está vivo; sí, también dolorido, aunque irremediablemente optimista. Es la conciencia estética que transforma el aula en un espacio de dignificación histórica, donde el grito —incluso el más gutural y temeroso— deviene en palabra que nombra, reclama y desea decretar otro sino.

Discutimos incansablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.



¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

Se consolida, en este final del texto, la comunión entre rabia y placer, binomio que nos hace pensar, ineludiblemente, en la embriaguez nietzscheana, creadora, «esculpida para la eternidad» (Zweig, [1947](#), p. 246). Entre esta desatada la pasión entre la fractura y el delirio se transparenta el deseo de hacer de América una gran escuela, donde coincidan historia, incertidumbre y futuro. Donde la identidad copule con la diversidad, el grito con el silencio. Donde sean parte de una sola y roja pulpa el grito y el destino. Al respecto, la artista y antropóloga visual mexicana Yoatzin Balbuena señala:

El oaxaqueño José Vasconcelos trajo a Gabriela Mistral a México para colaborar en la creación de los programas de una educación nacional y pública naciente. Mistral contribuyó con una pedagogía más de la acción que de la teoría y desde entonces planteó el grito de la identidad latinoamericana, vigente en nuestra realidad presente, el cual debemos darlo todas y todos y frente al espejo y con una voz interna que nos movilice y nos quite la pereza que nos tienta diariamente a vivir agachadas. Mistral siembra en el pensamiento un grito de embriaguez que contrasta con el grito triunfalista de las batallas que se ganan o se pierden. Es un grito de celebración de la diferencia y la singularidad propias de una pluriculturalidad que clama por el derecho a la existencia toda y reclama el hurto de ese derecho. Y la educación es el territorio de las cuerdas vocales sociales, allí se construye la voz, allí se aprende a gritar (Balbuena, [S. f.](#)).



Lo que remarca Balbuena respecto de las cuerdas vocales sociales va en sintonía con lo que hace décadas hemos llamado tejido social, en el que el encuentro de la diversidad más absoluta e improbable de tejer ha sido precisamente la realidad más ostensible que, por ejemplo, hemos habitado quienes trabajamos en educación, sobre todo en la universitaria. Es este grito, uno que transita tanto por la independencia como por la pérdida de libertad, hasta cuajarse en lo que podríamos determinar en un grito de embriaguez y, por tanto, más esperanzada que racional, más entregada que cautelosa, una que mora en los acantilados más que en tierra firme. Es un grito visceral, con tornasoles de clase (por sus ganas de protección de la manada), que puede ser completamente inútil, pero que la poeta da, ciertamente, con temeridad (a la vez con algún grado de temor), y que en su cierre recupera aquel deseo de desgarrar total.

A modo de síntesis y quizás consolidación de las interpretaciones realizadas al poema que abordamos, podemos decir: i) la conciencia de clase opera cual categoría situada: afectiva y territorial, en la que convergen una suerte de «vicios raciales» que la poeta atacameña denuncia con rudeza, asociado al temor a la subordinación y el orgullo, digamos, casi sacramental por su linaje campesino e indígena; ii) la convocatoria a una dignidad subversiva que imagina un futuro, por qué no, autónomo; iii) la luz de teorías contemporáneas, que podríamos actualizar como una conciencia encarnada, en la que cuerpo y territorio se entretajan y anticipan debates decoloniales e interseccionales que resignifican el lugar del cuerpo en la construcción de conocimiento; y v) el texto estudiado dramatiza una dialéctica entre fascinación y repulsión, cuya inherente contradicción, a la postre, ilumina de humanidad todo un despliegue discursivo que incluso hace gala de haces geopolíticos.



3. Conclusiones

Cuando escribe «El grito», en 1922, Gabriela Mistral vive en una época que está en medio de una ola de modernización. García Canclini ([1989](#)) la resume así:

A fines del XIX y principios del XX, impulsadas por la oligarquía progresista, [surge] la alfabetización y los intelectuales europeizados; entre los años veinte y treinta de este siglo por la expansión del capitalismo, el ascenso democratizador de sectores medios y liberales, el aporte de migrantes y la difusión masiva de la escuela, la prensa y la radio. (p. 65).

Creemos que muchos de estos elementos aparecen en el poema comentado. La expansión del capitalismo, representada fuertemente en la región por la expansión política y económica de EE.UU., cuestión que Mistral hace explícita en su texto (“oligarquía progresista”). Por otro lado, ella misma es un ejemplo de la promoción de algunos sectores de las clases populares y medias, con una mirada más liberal; asimismo, es agente de lo que García Canclini ([1989](#)) llama la difusión masiva de la escuela: su trabajo en México, con Vasconcelos, va precisamente en esa dirección. Finalmente, en este contexto, no es extraño el llamado que hace en el poema a los periodistas; ella percibe la expansión masiva de la prensa y la radio. Es decir, vive un tiempo lleno de cambios profundos en nuestro continente, proceso frente al cual no es una espectadora pasiva; por el contrario, se posiciona como una agente activa, propositiva y comprometida con muchas iniciativas que van en la línea de cambios culturales y sociales, especialmente en vías de mejorar las condiciones de vida de los más desposeídos, fundamentalmente desde la educación.

No es fácil, por tanto, consolidar una apreciación final cuando de Gabriela Mistral se trata, puesto que, como lo advertimos, el discurso de sus obras está cruzado por temas históricos,



políticos y sociales que, más que chocar, tejen un discurso *nuevo*, a punta de retazos viejos, lo cual no lo blinda de la contradicción. En una época del todo compleja para Latinoamérica, la incisiva poética, en tanto integridad de Mistral, adopta estrategias para la supervivencia de la diversidad de América Latina, pero principalmente la supervivencia material y, por qué no decirlo, espiritual de un subcontinente. Calibra la intelectual pasión, razón y conciencia de clase, temple una palabra un poco compleja de interpretar. Precisamente es esta conciencia de clase la que se va derramando a través del grito, como un río subterráneo, porque no quiere permitir que los habitantes de esta tierra luchen solos, ante la avanzada norteamericana; ni tampoco los imagina solos en el devenir que ella grita, teme y sueña.

Referencias bibliográficas

- Acero, N., y Geisse, C. (2021). Muerte y pasión de Gabriela, o en Chile nace y muere el neoliberalismo. En N. Acero y J. Cáceres. (Eds.), *Letra revuelta. La literatura del 18 de octubre* (pp. 187-200). Los Perros Románticos.
- Amunátegui, M. L. (2021). *El terremoto del 13 de mayo de 1647*. En P. Moya y A. Palacios. (Eds.), Trébol.
- Ardao, A. (1986). Panamericanismo y latinoamericanismo. *América Latina en sus ideas*, 4. Siglo XXI.
- Auerbach, E. (2002). *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica.
- Auerbach, E. (2008). *Dante, poeta del mundo terrenal*. Editorial Acantilado.
- Balbuena, Y. (s. f.). *Mistral*. En <https://www.yoatzinbalbuena.com/textos>



Bárcena, A., y Prado, A. (2016). *El imperativo de la igualdad: Por un desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Siglo XXI.

Bartra, R. (2012). *Antropología del cerebro*. Fondo de Cultura Económica.

Bello, Á., & Rangel, M. (2002). La equidad y la exclusión. *Revista de la CEPAL*, 76, 39.

Damasio, A. (2005). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos* (J. Ros, Trad.). Crítica.

Engelberg, J., Schwartz, J. W., y Gouzoules, H. (2021). The emotional canvas of human screams: Patterns and acoustic cues in the perceptual categorization of a basic call type. *PeerJ*, 9, 1-30.

Figuerola, L., Silva, K., y Vargas, P. (2000). *Tierra, indio, mujer: Pensamiento social de Gabriela Mistral*. Lom Ediciones.

Frühholz, S., Dietziker, J., Staib, M., y Trost, W. (2021). Neurocognitive processing efficiency for discriminating human non-alarm rather than alarm scream calls. *PLOS Biology*, 19(4), e3000751.

Fuenzalida, A. V. (2002). Gabriela Mistral y la reforma educacional de José Vasconcelos. *Reencuentro. Análisis de Problemas Universitarios*, 34, 9-27.

Funes, P. (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en años veinte latinoamericanos*. Prometeo.

García Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.

García Rincón, L. F. (2019). Trabajo y castigos laborales a los indios de Pamplona del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 24(1), 155-175.

Geisse, C. (2021, 15 de diciembre). Entrevista personal [Entrevista semiestructurada sobre el rol de la vinculación en proyectos educativos]. Entrevistadores: Nibaldo Acero y Felipe González-Vilches.



- Haraway, D. (2021). Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra@_Conoce_Oncorata@. Feminismo y tecnociencia. Rara Avis. (Original publicado en 1997).
- Matsumoto, D., y Ekman, P. (2009). Basic emotions. En D. Sander y K. R. Scherer (Eds.), *The Oxford Companion to Emotion and the Affective Sciences* (pp. 69-72). Oxford University Press.
- Mistral, G. (1922). *El grito*. Archivo Gabriela Mistral, Universidad de Chile. <http://gabrielamistral.uchile.cl/prosa/grito.html>
- Mistral, G. (1924). *Lecturas para mujeres: Destinadas a la enseñanza del lenguaje*.
- Nómez, N. (2018). Gabriela Mistral. Somos los andinos que fuimos, de Magda Sepúlveda. *Taller de Letras*, 63, 231-235.
- Payares, J. (2020). Imagen, tiempo y lenguaje a propósito de la Eneida VI: El papel de la imaginación y la memoria en la construcción vivencial de conocimiento a partir de lo mitopoiético [Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/server/api/core/bitstreams/2a452c1d-9f97-4199-b19e-3f9bffa9b31d/content>
- Paz, O. (1990). *Pequeñas crónicas de grandes días*. Fondo de Cultura Económica.
- Pincheira, D. (1989). *Gabriela Mistral, guardiana de la vida*. Andrés Bello.
- Rama, Á. (2004). *La ciudad letrada*. Tajamar Editores.
- Said, E. (2004). *Humanismo y crítica democrática*. Debate.
- Said, E. (2006). *El mundo, el texto y el crítico*. Debate.
- Said, E. (2007). *Representaciones del intelectual*. Debate.
- Sandel, M. (2021). *La tiranía del mérito*. Debate.
- Schwartz, J., Engelberg, J., y Gouzoules, H. (2020). Was that a scream? Listener agreement and major distinguishing acoustic features. *Journal of Nonverbal Behavior*, 44, 233-252.
- Sepúlveda, M. (2018). *Gabriela Mistral. Somos los andinos que fuimos*. Editorial Cuarto Propio.



Shusterman, R. (2002). *Estética pragmatista*. Idea Books.

Valdés, A. (2016). *La interseccionalidad como herramienta en la construcción de sujetas de derechos. Documento presentado en la Reunión “Afro-ruguayas en diálogo con el Estado: la mirada étnico racial en las políticas de género”*. Ministerio de Desarrollo Social (MIDES)/Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES).

Zea, L. (1986). *América Latina en sus ideas*. Siglo XXI.

Zweig, S. (1947). *La lucha con el demonio*. Tor.



Esta obra está disponible bajo una licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>